

“El susurro del Escarabajo”

En un jardín silencioso de Kioto, una geisha llamada Aiko practicaba su danza bajo la luz de la luna. Entre las piedras del sendero, un pequeño escarabajo negro la observaba, moviendo sus antenas con curiosidad.

Aiko, al verlo, sonrió y se inclinó para dejarle una gota de té dulce en una hoja. El escarabajo bebió lentamente, como si entendiera que era un regalo. Desde entonces, cada noche que Aiko bailaba, el escarabajo aparecía en el mismo lugar, quieto, admirando.

No hablaban, ni podían tocarse, pero compartían algo invisible: la certeza de que, aunque de mundos distintos, ambos eran testigos de la belleza del otro.

FIN